

DON FORTUNATO ARIAS SÁNCHEZ Y LA CARA NORTE DE LA DIÓCESIS DE GUADIX

José Luis CAMPOY GÓMEZ

RESUMEN

Fortunato Arias Sánchez nace en Almaciles (Granada) el 11 de junio de 1891. Hijo de Félix y Petra. Tras la Enseñanza Primaria es aprendiz de comercio en Caravaca. A los 15 años entra en el Seminario de Murcia. Muy buen estudiante. Recibe la sagrada orden de presbítero el 25 de mayo de 1918. Celebra su primera misa en Almaciles. Es superior del Seminario de San Fulgencio, párroco de El Palmar de Murcia durante nueve años. Cuando no llevaba uno en la parroquia de la Asunción de Hellín es asesinado por su condición de sacerdote de Jesucristo el 12 de septiembre de 1936. Sus restos descansan al pie del altar mayor de la iglesia de El Palmar.

Obispado de Albacete, 20 de diciembre de 1956, es introducida la Causa de Beatificación de don Fortunato Arias Sánchez. Pero, veamos quién es don Fortunato.

Dejamos atrás Huéscar y la Puebla de Don Fadrique, en el norte de la Diócesis de Guadix; donde acaba ésta, identificado su límite territorial con el de la provincia de Granada, se recuesta un pequeño núcleo de población, acunado por las Sierras de los Tornajos y los Alcatines y escoltado, desde más abajo, por la desarbolada intemperie de La Sagra. Hemos llegado a los Almaciles. Aquí, en la calle Caravaca, conectada con la plaza de la Libertad, nace, lo más al norte que se puede nacer en la Diócesis de Guadix y, naturalmente, en la provincia de Granada, el 11 de junio de 1891 un niño al que dos días más tarde bautizarán en su pequeña parroquia de San Antonio Abad con el nombre de

Fortunato Miguel. Bien es sabido que por aquella época —caprichos de la Historia— Almaciles pertenecía a la Diócesis de Toledo.

Sus padres, labradores modestos, Félix y Petra, se ocupan de la educación de Fortunato y de su hermano menor Félix. No es tarea sencilla. Las labores de labranza en las que se ocupan, primero, en el cortijo El Pino y, más tarde, en La Loma, atalayas de soledad en estos extensos secanales, obligan a pensar, conforme crecen los niños, en alguna solución tan penosa como necesaria. Los envían a la Puebla de Don Fadrique, con notable esfuerzo económico, para que puedan cursar la Enseñanza Primaria. Fortunato la finaliza con Premio Extraordinario a la edad de doce años. Este hecho aviva en los padres la inquietud natural por el futuro de su hijo. Creen que deben encauzarlo por caminos distintos a la labranza y lo intentan, aunque ello supone un esfuerzo mayor.

Lo envían a Caravaca donde viven unas tías de la familia. Una de ellas, Teófila, se encargará cuidadosamente de atender y cuidar al muchacho. Una salida profesional para los jóvenes, hartos frecuente en tiempos pasados —inusitada en la actualidad desde hace por lo menos un cuarto de siglo— era la de comenzar de aprendiz en aquella profesión u oficio al que se sentían inclinados. Teófila lo encaminó por el mundo del comercio y según su leal entender lo colocó de aprendiz en un comercio de tejidos. La esperanza de conseguir un experto en este tipo de negocios no desagradaba a la familia. Por el contrario, el muchacho, a medida que se adentraba en ese mundo, menos atracción sentía por él. Lo cierto es que la tía Teófila, muy atenta a la evolución del chico, todo un quinceño ya, observa su creciente desinterés por un mundo que no le atrae y las frecuentes visitas que hace a los Padres Carmelitas de la ciudad e informa cuidadosamente a los padres de Fortunato¹. Éstos, con buen criterio, aunque retorciendo sus expectativas, deciden enviarlo al Seminario Conciliar de San Fulgencio, en Murcia. La cercanía real de Murcia más el hecho de vivir en aquella capital don Saturnino Fernández Sánchez, canónigo y pariente de la familia, condicionan en parte la elección del Seminario de San Fulgencio. Lo suyo habría sido, de seguir los pasos reglamentarios, encaminar al niño hacia el seminario de Toledo.

Quince años tiene Fortunato a su ingreso en el Seminario. La edad justa para discernir con eficacia el camino que quiere seguir. Se entrega sin ambigüedades, con reconocido espíritu de trabajo y aupado por su capacidad intelectual, a desarrollar en él todas las talentos de los que es depositario. Y lo hace “con tanta naturalidad y agrado que todos sus compañeros se sienten a gusto

con su primacía". Por otro lado, "su vida como seminarista fue sencillamente ejemplar. Le vimos y observamos durante varios años y en todos los aspectos dio ejemplo de alma llamada por Dios, que sabe corresponder a su vocación divina; pero oigamos lo que nos cuenta el prestigioso Párroco y Prelado Doméstico de Su Santidad, D. Mariano Aroca López. "En el Seminario de San Fulgencio, donde hice mis estudios eclesiásticos, fui nombrado antiguo de sala y pasante de seminaristas latinos, entre los que se encontraba Fortunato Arias Sánchez. Se distinguió siempre por su espíritu de docilidad y obediencia. Dotado de clara inteligencia, por su aplicación obtenía siempre las primeras notas. Era humilde, sólidamente piadoso, sencillo y caritativo.... jamás se quejó ni protestó de las disposiciones de los Superiores, nunca tuve que llamarle la atención por falta alguna..."².

Estudia Teología cuando se le detecta una insuficiencia de corazón que le hace bastante más costoso el enfrentamiento con su trabajo; hasta aquí lo ha llevado con la máxima holgura y siempre alcanzando los mayores éxitos. "Éste es ahora Fortunato: un cuerpo endeble con un sistema nervioso herido en sus fuentes vitales. Por esta razón su santidad crece y su rendimiento humano baja. Lo que antes no le costaba, ahora supone un gran esfuerzo"³.

Su responsabilidad lo conduce hasta la cima y tras la Órdenes Menores y Mayores accede al Presbiterado el 25 de mayo de 1918 en la catedral de Murcia. Celebra su primera misa en Almaciles el 24 de junio y el 1 de septiembre entra de Superior en el Seminario de San Fulgencio. Desempeña la tarea de profesor de Latín y Jefe de Estudios. "Su paso por la clase dejó huella: buen humanista, hizo crecer en sus alumnos la afición a los clásicos latinos y castellanos. Hacía traducir la prosa de Santa Teresa al latín y lo completaba con comentarios sobre los textos, consiguiendo despertar vocaciones literarias, adelantándose casi un siglo a su tiempo en su actividad docente"⁴. La vida de profesor del Seminario, llevada hasta sus últimos extremos, le entusiasma, pero su verdadera vocación le llama al cuidado pastoral de los fieles. Un gran amigo del joven sacerdote y también profesor del Seminario, D. Francisco Sánchez Ruiz, le aconseja en vano que no se entregue a las tareas parroquiales, que le pueden agravar su descompensación coronaria. "¿Cómo será posible que Dios no me asista estando por orden y por amor suyo predicando, confesando y gobernando una Parroquia?"⁵.

Por razones de su eficaz labor en el Seminario hay quien piensa que debe continuar, pero él se siente llamado al apostolado directo y parroquial:

"Se presenta al concurso de oposiciones a parroquias y en 1926 obtiene la parroquia de El Palmar, siendo obispo el Excmo. y Rvdmo. Padre Vicente Alonso y Salgado. Su actuación en esta parroquia, que después me ha tocado a mí regir, fue ejemplarísima y muy digna de imitación por parte de sacerdotes y seglares, como está en la mente de cuantos le conocimos. Fue sin exagerar maravillosa en todos sentidos. Muy humano y amigo de todos, sin descender a populacherías, ni tampoco inclinado a adular a los ricos, a los que sólo visitaba cuando la necesidad o conveniencias parroquiales lo requerían.

A pesar de que se veía siempre enérgico, su salud era bastante precaria, padecía del corazón, con ciertas crisis que le dejaban postrado varios días en el lecho, soportándolo él con grande calma y paciencia. Su régimen de alimentación era preferentemente vegetariano, comía pan integral que, según aseguran los vecinos, él mismo amasaba.

Cuando D. Fortunato salía a la calle, alto como era, delgado y enjuto de carnes, ágil y ligero, corría en busca de sus enfermos o a visitas obligadas como párroco, con sus manos metidas en los bolsillos, de donde sacaba su derecha para dar un sombrero de cortesía a todo feligrés con quien tropezaba."⁶

Y llega un momento decisivo en la vida de D. Fortunato. Enero de 1926 toma posesión de la parroquia de la Purísima de El Palmar de Murcia. Rincón éste de El Palmar que resume las bellezas de toda la región. Lugar en el que se incrusta el nuevo párroco de forma tal que en el futuro no habrá fuerza que los separe. Sólo vive nueve años de intensa y fervorosa entrega a su parroquia. Suficientes años como para que los palmareños lo reclamen a su lado, incluso, después de muerto. Un palmareño, antiguo feligrés de don Fortunato, escribe desde Madrid a la Comisión Pro Beatificación de D. Fortunato:

"Muy señores míos: Allá por los años 1924-25-26 (sin que pueda precisar en cual de éstos) se celebraron en El Palmar las fiestas de la Purísima y nuestro D. Fortunato, en el púlpito, nos dio una eximia lección sobre el dogma de la Inmaculada. Estuvo tan elocuente, fueron tan gráficos sus exponentes, tan claras, precisas y terminantes sus explicaciones que a mí me pareció estar presenciando la solemne ceremonia de la Declaración dogmática. Es decir, que no oí un sermón, sino que me pareció presenciar el cónclave en que se definió este Dogma. Yo estaba en la creencia de que en D. Fortunato había madera de santo. El tiempo y las circunstancias de vida y de su muerte me van a dar la razón. Muy agradecido por haberme tenido en cuenta, afftmo. s.s. José Antonio Sánchez."⁷

En el pasado mes de agosto, todos nuestros pueblos en fiestas, acudimos a Almaciles con intención de hablar con los familiares directos de don Fortunato.

Allí viven algunos de sus sobrinos. Saludamos a Jaime, su predilecto, porque siendo niño fue a vivir con su tío algún tiempo. Hablamos ampliamente con Jesús, que ha recibido el testigo del sacerdocio. D. Jesús se encuentra ahora en el pueblo de sus raíces para recuperarse y descansar. Su trayectoria apostólica es larga: Venezuela, Cieza, Abarán, Cartagena, Los Alcázares. En medio tuvo que soportar algún período de enfermedad y vuelta a empezar.

No obstante estar de descanso, hemos tenido que esperar que acabe la atención pastoral que tiene encomendada, predicación incluida, y posterior participación en la fiesta, para charlar con él. Desde luego, D. Jesús es un ferviente admirador de su tío, como toda la familia. De forma resumida, me adelanta algunas características importantes que adornaron la vida apostólica de D. Fortunato:

«Cuidaba mucho la predicación, se preparaba siempre muy bien.

En su parroquia eliminó los aranceles, que le resultaban desagradables. El Concilio Vaticano II ha venido a confirmar que era una medida muy acertada.

Era muy desprendido y necesitaba muy poco para vivir. Lo que recogía lo repartía a los enfermos necesitados y a los pobres, de manera discreta siempre.



Altar mayor de la iglesia parroquial de Almaciles

Sus catequesis fueron muy atractivas y agradables; tanto como que enganchaba a los mismos padres de los niños. En ellas organizaba ingeniosas rifas o repartos de premios. Ahí permanecen todavía en algunos hogares los entrañables recuerdos de «La Triguera» y «Relámpago», monturas de cartón que eran la ilusión de todos.

Se ocupó especialmente de los jóvenes. Los reunía con charlas amenas pero formativas en las que no se esquivaba ningún tema que les interesara. Todavía no se había creado la meritoria Acción Católica."

Se hace tarde y quedamos para otro día. No quiero abusar del descanso que merece y necesita D. Jesús Arias, aunque su disponibilidad es tan incondicional como la bondad que le envuelve. Luego en la reflexión del hogar vuelvo a los libros y me sumerjo en la Colección de Testimonios recopilados por don Miguel Hellín Navarro, párroco y sucesor de D. Fortunato, y leo textualmente:

"DESPRENDIMIENTO DE D. FORTUNATO Bien merece un recuerdo especial esta singular faceta de su vida.

Era realmente bochornoso que al salir del Seminario nos expusiéramos los sacerdotes al choque antipático con nuestros feligreses por unas pesetas, que muchos estaban siempre dispuestos a regatear.

Un día nos tropezamos él y yo en Palacio episcopal y me dice: Con permiso del Sr. Obispo he suprimido los derechos parroquiales, no me gusta el peseteo y aquí tienes el reglamento por el que se establece que haremos gratis todos los servicios de la Iglesia a cambio de una moderada suscripción para el mantenimiento de Culto y Clero.

De momento quedé encantado de dicho plan, pensando estudiarlo para su implantación en Abanilla, donde yo estaba; pero los acontecimientos hicieron esperar y no lo llevé a cabo.

Su gran especialidad fueron sus bien preparadas catequesis, sobre todo de niños. Tenía sumo atractivo, tanto en la clara exposición de la doctrina que, al dirigirla a los niños al final de la Misa Mayor de los domingos, la escuchaban los mayores con especial fruición, como por el cebo que solía añadirle de magníficos regalos y premios, de los cuales hacía en el despacho parroquial una verdadera exposición que quitaba el sueño a los niños y a sus papás. Aún hoy a los 36 años (no se olvide que esta obra de D. Miguel se publica en el año 1962) conservan muchas familias, dichos regalos con cariño... También podemos asegurar que fue muy

notable su preocupación por la predicación parroquial para mayores, que aún recuerdan los feligreses que le conocieron, que son la mayoría del Palmar y como podemos comprobar por sus escritos."

Y reproduce D. Miguel una hoja parroquial, la del 15 de febrero de 1931, domingo de quincuagésima. En ella prepara y anuncia la predicación de aquella Cuaresma, la información para conocer y penetrar el significado y razón de ser de las ceremonias sagradas. La conferencias de los viernes para exponer y explicar el valor litúrgico de los ritos y ceremonias, etc.

Encuentro otro documento de sumo interés entre los recopilados por D. Miguel. Se trata de una carta del M.I. Sr. Dr. D. José Luján García, canónigo lectoral de la Catedral de Lérida. Fue feligrés de don Fortunato en el Palmar, estudiante en el Seminario y sucesor suyo, también, como encargado de la Parroquia por poco tiempo. Después de los agradecimientos de rigor y aceptar su ingreso en la Comisión Pro Beatificación de D. Fortunato, dice textualmente:

"Deseo convertirme en propagador de su nombre y de sus virtudes. Los seminaristas de Lérida hace ya tiempo que me vienen oyendo hablar de él, como «pionero» de unos apostolados que ahora algunos presentan como novedades. Desde que el primero de abril fui encargado de esa parroquia para regirla durante aquellos seis meses, repetí muchas veces que D. Fortunato se adelantó a su tiempo; era un auténtico vidente. Eso mismo dije en la plaza de la Iglesia al recibir sus restos, en aquel septiembre heroico e ilusionado del 39 y eso es algo que creo caracterizó su paso por nuestro pueblo..."

Pero sigamos un orden. Acaba una etapa trascendental en la vida de don Fortunato. Llega el momento de despedirse de su pueblo. Nueve años de intensa dedicación es un lazo tan fuerte que cuesta trabajo romper. El obispo D. Miguel de los Santos Díaz y Gómara lo necesita en la parroquia principal de Hellín que ha sido regida por don Eduardo Rodríguez y ahora ingresa en la Compañía de Jesús. He aquí el relato del mismo Padre Rodríguez:

"Al ingresar en la Compañía de Jesús, el Sr. Obispo se dignó preguntarme, quién me parecía que podría sucederme en la Parroquia de Hellín. Le di el nombre del virtuosísimo D. Fortunato, que también le pareció muy apropiado. Me encargó que yo mismo se lo propusiese. Al decírselo en el despacho parroquial de El Palmar, pensando que le brindaba un honor o ascenso, me dijo que no; que él está contentísimo con su parroquia de El Palmar, y consideraba Hellín demasiado importante para él.

Así pensaba humildemente de sí y así amaba entrañablemente a El Palmar. Pero cuando le comuniqué que le llevaba, no el mandato, pero sí la expresión de la voluntad del Sr. Obispo, enseguida añadió: —Siendo así, que no me ofrece un honor para mí, sino la voluntad de mi Prelado, desde este momento, acepto.”⁸

Y, naturalmente, don Fortunato dice adiós a su querido pueblo. Esta es la carta de despedida que se conserva en muchas casas de El Palmar:

“Fieles todos del Palmar, recibid el saludo cordial de despedida que os dirige el que hasta ahora ha sido vuestro cura.

Vuestro, porque para servirlos ha vivido entre vosotros; y vuestro, además, porque con atenciones y bondades sin cuento ganasteis su corazón.

Dios sabe que no miento, cuando lo pongo por testigo del cariño que os tuve siempre en N.S. Jesucristo.

Si ahora tengo que alejarme de vuestro lado, no es la propia voluntad lo que me lleva, sino la mano de Dios que señala otro sendero que no se puede rehusar sin traicionar la conciencia.

Al tener que ausentarme y despedirme de vosotros no acierto a pronunciar más que la palabra gratitud.

Me voy de esta parroquia sin haber recibido en ella ni la más pequeña descortesía, ni en los días de mayor locura revolucionaria, ni aun de parte de aquellos más separados de la Iglesia por ideologías políticas o sociales.

Por el contrario, ¡qué grato es recordar la prontitud, la delicadeza y la generosidad con que respondisteis siempre a los llamamientos de vuestro cura en tantas ocasiones y empresas que culminaron en la formación de la Junta Parroquial, para sostener el culto con mayor esplendidez y solemnidad que cuando se contaba con la subvención del Estado!

Que Dios os lo pague y que conste aquí pública y solemnemente el testimonio de mi gratitud perenne.

En mi haber no tengo más que la aspiración continua y suprema de mi alma, de ser útil a mis feligreses y hacerme digno de su amistad y del ministerio sagrado que a favor suyo se me encomendó.

Aunque lejos, seguiré haciendo míos vuestros pesares y alegrías, y con el espíritu y con el afecto estaré siempre aquí donde dejo tantas amistades y deudas de gratitud y donde además tengo a mi madre muerta porque así quiso Dios asociar en mi alma su cariño con vuestro recuerdo.

¡Adiós! Vosotros que siempre fuisteis conmigo indulgentes y generosos, sabréis ahora perdonar esta manera de despedida, porque de hacerlo personal y solemnemente, mis energías físicas no podrían soportar tanta emoción.

¡Adiós! En la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de Hellín me tendréis como aquí, siempre deseando poderos ser útil y esperando vuestra oraciones para obtener del Cielo el acierto y la sobrehumana energía que haga fecundo mi apostolado en tan noble y católica ciudad.

Que la Virgen Inmaculada os siga prodigando sin término sus bendiciones para aumento de la fe, la honradez, la laboriosidad, la paz y la prosperidad de todos los hijos y habitantes de este querido Palmar y muy singularmente de los que hasta ahora fuisteis mis buenos y amados feligreses. Fortunato Arias. 22-IX-1935.⁹⁹

En la mañana del 29 de septiembre de 1935 don Fortunato llegó a Hellín. Lo recibieron un numeroso grupo de feligreses, junto con D. Antonio Rosique, coadjutor y D. Francisco Millán, sacristán. Tras los saludos y parabienes propios se dirigen hacia la iglesia parroquial de la Asunción. Al pie de la fachada don Fortunato exclama sin poderse reprimir: "¡Qué Parroquia tan grande, para un cura tan pequeño!"

Cuenta D. Antonio Rosique, en carta a D. Miguel Hellín el día 15 de abril de 1962 que don Fortunato le causó gratísima impresión en una carta con la que le avisaba de su llegada. Y la satisfacción que le manifestaba ese día, el de la llegada, por tenerlo de coadjutor y le dice, "en adelante tú serás quien me guíe y me oriente en mi labor". Añade D. Antonio: "Aunque se traslucía su sinceridad, yo quise interpretarlo como una frase de protocolo; pero pronto me convencí de lo contrario; pasaron muy pocos días, me llamó al despacho parroquial y con un tono de humildad propio de almas como la suya, me dijo: «Oye, Antonio, tú serás el párroco y yo seré el coadjutor». De momento me quedé corrido, porque de humilde discípulo y coadjutor, me quedé convertido en superior; comprendí que entonces era inútil decirle nada y me retiré conmovido y por toda respuesta le dirigí una sonrisa de gratitud, de consideración y respeto. Algunos días más tarde me dijo: «Me he enterado que han reñido malamente dos personas principales de esta feligresía; te comisiono para que las visites y consigas el bienquisto de dichas personas». Me quedé parado, porque era tanto como decirme que yo lo haría mejor que él y no estaba dispuesto a consentirlo; pero con su humildad no se podía lidiar y opté por callar y obedecer. Ejemplos de su humildad teníamos a cada paso". En la misma carta sigue relatando D. Antonio:

“Por fin creo que sería por el mes de marzo del 36, cuando se marcaba la tragedia por España; estábamos en la sacristía los dos despachando algunos asuntos; la puerta de la Iglesia estaba abierta, como de costumbre; serían sobre las seis de la tarde, cuando llegó un señor muy azarado instándonos a cerrar las puertas; motivos, le dije: «Sencillamente, que se acaba de celebrar un mitin comunista en la plaza de toros y sube una manifestación imponente para quemar la Iglesia, cierrren, cierrren pronto las puertas». Don Fortunato me miró en silencio, pero con una mirada de esas que lo dicen todo; comprendí que me quería decir que decidiera yo lo que debíamos hacer. Al ver su actitud tan humilde y resignada, resolví salir en su defensa. No cerramos las puertas, contesté. Esto es un chantaje. Los rojos no quieren ver la Iglesia abierta y amenazan para que el miedo nos haga cerrar, pues no cerramos, porque si de veras vienen decididos a quemarla, lo mismo la quemarán abierta y cerrada; no cerramos, yo me voy a la puerta por si puedo evitar algo: Usted no salga, si atropellan a alguien que no sea al párroco, que sea a su coadjutor; y me dirigí, a decir verdad, bastante nervioso, hacia la puerta. Aquello era un desafío, pero no estaba dispuesto a arredrarme porque tenía la plena seguridad que detrás de mí salía Don Fortunato, pero no a la puerta de la Iglesia sino a la puerta del Sagrario; salí a la calle y efectivamente la plaza de la Iglesia se llenaba de gente en actitud levantisca; pronto se oyeron los mueras, los gritos subversivos, las banderolas rojas por toda la plaza. Yo, parado en la puerta de la Iglesia, como una estatua, contemplando aquella maniobra. Pasó media hora más interminable e inquieta que una noche de terrible frío o insomnio, y por fin aquella muchedumbre, ebria de odio, comenzó a desfilar y se disolvió. ¿Qué motivos impulsaron a aquellos desgraciados a no poner en práctica sus siniestras intenciones? ¿Mi influencia, mi personalidad, mi autoridad? ¡No! Porque yo era un don nadie. No cabe duda que fue la influencia de Don Fortunato, que en aquellos momentos hacía violencia al Corazón Divino.

Tenía un concepto modestísimo de sí mismo. Llegó el día del alzamiento, y cuando las turbas se hicieron dueñas de la situación, me dijo: «Vete, sálvate, yo me quedo; soy el responsable de estos feligreses; me quedo con ellos por si puedo serles útil en algo. Adiós, ponte a salvo». Fueron sus últimas palabras. Después, estando yo en la cárcel, me enteré que lo habían asesinado. Es mi deseo que estas líneas sirvan para incrementar el respeto y veneración hacia tan ejemplar sacerdote.

ANTONIO ROSIQUE, PBRO. Rubricado.”¹⁰

No llegó a cumplir el año en la nueva parroquia. Lo fundamental nos lo ha relatado su coadjutor con el sello de lo realmente vivido. A partir de ahí algunos detalles. El propio alcalde de Hellín le ofrece la oportunidad de escapar y no acepta. En consecuencia es uno de los primeros detenidos, como tantos otros y como su propio coadjutor. Sigue una libertad con condición de presentarse dia-

riamente. Vuelta a la cárcel y nueva ultrajante libertad. Quiere esconderlo una familia. D. Fortunato no acepta riesgos para aquella buena gente y se traslada a su casa. Nueve de septiembre, a la tercera va... Desde la C.N.T lo llevan a la Casa del Pueblo. Y de aquí unos milicianos lo sacan de madrugada:

“Bien entrada la noche del mismo día 11, unos milicianos lo sacan de la prisión y en automóvil lo conducen a las afueras de la ciudad, al sitio denominado Cañada de los Pozos; donde tiene lugar una escena conmovedora, que parece una página arrancada a las Actas de los Mártires.

Al descender del coche, a una orden de sus guardianes, Don Fortunato les pregunta cuál de ellos le va a matar. Y al que le responde que él, alargándole su reloj, le dice: «pues toma este reloj, como recuerdo, sólo te pido que me dejes morir besando esta cruz».

Y poniéndose de rodillas y besando el Crucifijo, que luego de haberlo besado estrecha fuertemente contra su pecho, pronuncia estas palabras, las últimas que de sus labios habían de salir en la tierra: «Que Dios os perdone, como os perdono yo. ¡Viva Cristo Rey!». E inmediatamente tres balas atravesaron sus sienes.

Tan fuerte tenía apretado el Crucifijo, que ni después de muerto se lo pudieron arrancar de las manos.

Este Crucifijo y sobre todo este reloj, que actualmente guarda su hermano Félix con gran cariño, tienen una historia que bien merece capítulo aparte.”¹¹

Era ya la madrugada del día 12 de septiembre de 1936, festividad del Dulce Nombre de María. Aquí, en el camino de Pozohondo, entrega su frágil, pero valiosísima vida. Don Fortunato se lo temía y estaba preparado. Tanto como que se había despedido de la familia en la última carta a su hermano Félix. Podemos leerla:

“Hellín, 26-8-1936.

Queridos hermanos: Las cosas han cambiado notablemente desde mi última carta y hoy sospecho con sobrada razón que me quedan pocas horas de vida. Perdonó a todos los que sean o hayan de ser los causantes o cómplices de mi muerte. Perdonadlos vosotros también, como nos manda la fe cristiana que profesamos. Que Dios acepte nuestros sacrificios y nuestra vida para que todos se conviertan y vivan. No recuerdo haber dado ocasión a que se me persiga y me satisfice pensar que la causa única de todo es mi carácter sacerdotal. Morir así es un verdadero y glorioso martirio. ¿Qué mejor suerte podía yo imaginar?

No tengáis pena ninguna por mí, encomendarme a Dios y ...



Si en alguno de los pequeños vierais aptitudes para ser sacerdote, haced lo posible por que lo sea.

No sé si después de mi muerte quedará algo de lo que ahora tengo en casa. Por si acaso, os advierto que el cáliz de plata dorada, que conservo aquí es el que me regalaste tú, Félix, cuando canté Misa, con tus pequeños ahorros de soldado en Canarias. ¡Cuánto me alegraría que pudiera utilizarlo alguno de tus hijos! El otro cáliz plateado (que debe estar ahí), es el que entonces me regaló la tía Teófila. Con éste, como con todas las demás cosas, haced lo que mejor os parezca. Aquí dejo encargado al sacristán Francisco Millán, para que disponga de todo, según las instrucciones que particularmente le tengo dadas. Os mandará todas mis ropas, menos las sotanas y manteos. Los libros que sirvan para el Seminario y todo lo demás para él en recuerdo de las atenciones que ha tenido conmigo y que yo no le podré nunca debidamente pagar. No sé si moriré aquí, pero sea donde fuere vosotros no tenéis que venir aquí para nada. Ya os escribirán y dirán lo que haya. En este momento se me viene a la memoria muchos nombres de personas de la familia y amistades, a quienes de buena gana les escribiría, asegurándoles mi afecto y eterno recuerdo en estas horas de despedida. No cito a nadie por no incurrir en omisiones odiosas, por muy larga que fuera la lista.

Un último abrazo a mi buenísimo compañero Jaime, y muchos besos a todos los demás pequeños. Adiós; que el Señor os conceda salud y paz y toda clase de bendiciones, y que seáis siempre devotos de la Santísima Virgen y que cuando pidáis por nuestros buenos padres pidáis también por mí. FORTUNATO."¹²

El cuerpo sin vida de Don Fortunato no pudo ser atendido debidamente porque hubo quien lo impidió. Fue depositado o arrojado de cualquier manera en la tierra, con la misma pobreza que había vivido. El joven Rafael, hijo de Francisco de Asís Millán, sacristán de D. Fortunato, decidió subir hasta el cementerio y pudo comprobar con terror la triste realidad. Pidió que le entregaran el crucifijo para enviarlo a la familia. A punto estuvo de un serio conflicto por las amenazas que recibió. La intervención del sepulturero resultó providencial. Discretamente lo envió a casa con la promesa de que él mismo le entregaría el crucifijo cuando pudiera ser. Cumplió su palabra y el crucifijo llegó a casa de D. Francisco de Asís Millán. Pasada la Guerra Civil lo entregó a D. Félix y en la actualidad es preciada reliquia que junto con el reloj de bolsillo y el cáliz muestran sus sobrinos con filial devoción. Bien es cierto que el itinerario del reloj cruzó encrucijadas no más halagüeñas. Cuenta D. Luis López Motos, primo de don Fortunato:

"Pagó con buena plata el trabajo a un verdugo voluntario; un trabajo empleado en mal servicio, que se convirtió en estimabilísimo por alto designio, que hace

siempre del mal causa propicia del bien. Amorosa arma suya fue el reloj que dejó como legado de su fe y el reloj rigió, en efecto, horas de arrepentimiento de su nuevo dueño.

Registrando el terrible instante, las agujas permanecieron mucho tiempo inmóviles, olvidadas de su misión de señalar el tiempo presente. No esta roto ni loco este reloj. Era cuerpo del delito que acusaba a su poseedor con el rigor escalofriante de su impasible vida mecánica; un testigo vivo e inerte que crispaba la dura sensibilidad y la conciencia del matador.

Volvió luego, por sí mismo, a recobrar su marcha regular; pero aquello podría ser para su usuario un disimulo engañoso y terrible.

Vino a ser, realmente, el reloj pieza de remordimiento y tal vez de contrición ante otro sacerdote al que le fue entregado bajo secreto de confesión para que el objeto, recibido en mala hora, fuera restituido, en legítima herencia, a la propiedad del hermano del sacerdote bendito de Dios."

Para finalizar este relato recuerda D. Luis las hermosas palabras de San Agustín:

"Dios prevé los que han de ser buenos y los crea. Dios prevé los que han de ser malos y los crea. Perdona misericordiosamente y castiga justamente, o bien castiga misericordiosamente y perdona justamente. Nada teme de la malicia ajena; nada necesita de la justicia ajena; nada gana con las obras de los buenos, pero da a ganar a los buenos con las obras de los malos."¹³

En septiembre de 1939 una comisión de jóvenes de El Palmar obtienen permiso del Gobernador de Albacete y de D. Félix Arias para proceder al traslado de los restos de D. Fortunato y enterrarlo en El Palmar. Es un día de dolor para el pueblo de Hellín que no puede sino rezar en silencio y despedirlo en la misma puerta de la iglesia de la Asunción. Y una jornada de emotivo silencio y presencia universal de todo El Palmar que recibe a su querido cura. De mano en mano llega hasta su iglesia. Durante toda la noche pasa el pueblo entero ante sus restos. A la mañana siguiente tiene lugar un solemne funeral. Preside la santa misa D. Miguel Hellín Navarro, cura párroco y es el orador sagrado D. Saturnino Fernández, magistral de la Catedral y pariente de D. Fortunato.

"Seguidamente se organizó el traslado al cementerio en forma procesional. Fue enterrado en el panteón propiedad de la familia de D. Jesús Bernal, del que hubo que sacarle, poco tiempo después, debido al inesperado fallecimiento de un hijo del piadoso industrial.

Las autoridades palmareñas pidieron entonces la autorización oportuna para que el cuerpo de Don Fortunato Arias reposara en la Iglesia Parroquial. No hacían con esto sino recoger un anhelo popular, enormemente sentido: el de tenerlo en medio de la vida de El Palmar.

Los restos de Don Fortunato fueron colocados por su antiguo sacristán D. Antonio Alfocea, en una arqueta de madera de pino, como de un metro de longitud, que hizo el feligrés de ésta, D. Diego López Vivancos, quedando ubicada bajo la peana de la Virgen del Rosario, en cuya capilla se estaban efectuando obras de restauración por causa de los destrozos habidos durante la Guerra Civil.

Allí quedaron ocultos a la vista del público, con un tabique fuerte de medio ladrillo, hasta que el día 8 de diciembre de 1962 fueron depositados definitivamente en el centro de la Iglesia, al pie del Altar Mayor."¹⁴

Muchos son los testimonios, muy ricos y sobrecogedores, que se agolpan para proclamar, llegado este momento, la santidad de la vida y de la muerte martirial de D. Fortunato. La limitación propia de un modesto trabajo como éste obliga a reducir la extensión. Esperamos con fervorosa inquietud que su feliz beatificación, cuando suceda, nos proporcione la oportunidad de conocerlo más y mejor, por él mismo y por tratarse de un jirón de nuestra propia familia diocesana en su cara más norteña.

Con idéntico fervor esperamos la beatificación de don Juan de Dios Ponce y Pozo, asesinado en Elche, también por su condición de sacerdote, el 1 de diciembre de 1936¹⁵. Habían transcurrido 80 días del martirio de D. Fortunato.

NOTAS

¹ Cfr. JIMÉNEZ PÉREZ, Francisco, *Vida y Obra del Siervo de Dios Fortunato Arias Sánchez*, Murcia, Laborum, 2001, p. 27.

² HELLÍN NAVARRO, Miguel, *Colección de Testimonios Pro Beatificación de D. Fortunato*, Murcia 1962, pp. 9 y ss.

³ JIMÉNEZ PÉREZ, Francisco, *Op. cit.*, p. 36.

⁴ *Ibidem*, p. 66.

⁵ *Ibidem*, p. 69.

⁶ HELLÍN NAVARRO, Miguel, *Op. cit.*, pp. 13-14.

⁷ *Ibidem*, p. 12. Don Miguel Hellín declara al respecto: "Efectivamente había que oírle predicar el panegírico del día de la Inmaculada, como yo mismo le oí en los Martínez del Puerto, en donde le invité a predicar, estando yo allí de Cura Rector y él, en el Seminario de Superior".

⁸ *Ibidem*, pp. 20 y ss.

⁹ *Ibidem*, pp. 18-19.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 22 y ss.

¹¹ SÁNCHEZ OCAÑA, Francisco L., *Muertes Gloriosas*, Murcia 1960. En la actualidad estos objetos los guardan con gran cariño los sobrinos.

¹² HELLÍN NAVARRO, Miguel, *Op. cit.*, pp. 26-27.

¹³ *Ibidem*, p. 32.

¹⁴ JIMÉNEZ PÉREZ, Francisco, *Op. cit.*, p. 188.

¹⁵ Cfr. CAMPOY GÓMEZ, José Luis, "Accitano Ilustre, Santo Desconocido": *Boletín del Instituto de Estudios «Pedro Suárez»* 14 (2001) pp. 211-224.